

canza á todas las manifestaciones de la vida, en nombre del derecho pedimos así las libertades políticas como las libertades económicas, y en nombre del derecho, la consagración de la vida humana, que es de Dios, y la abolición de todos los bárbaros recuerdos que ha dejado en esta sociedad un largo reinado de bárbaro feudalismo. Hé aquí nuestro credo respecto al individuo: sufragio universal, libertad de imprenta, inviolabilidad del domicilio, asociación pacífica, libertad de crédito y de comercio. Esta es la doctrina que, enalteciendo la naturaleza humana y levantándola sobre todas las sombras que la han oscurecido, cumple el derecho y la justicia y armoniza los hombres entre sí con leyes tan verdaderas como pueden ser las mismas leyes en que está asentada naturaleza.

CONTESTACION

Á LAS OBJECIONES DIRIGIDAS POR DON RAMON DE CAMPO-AMOR AL FOLLETO «LA FÓRMULA DEL PROGRESO.»

Artículo 1.º

I.

Hace ya tiempo que el Sr. Campoamor se dignó refutar, desde el punto de vista de su partido, las doctrinas democráticas comprendidas en *La Fórmula del Progreso*. Poco despues de este suceso vinieron sobre mí tribulaciones tales, que han herido con incurable herida mi corazon, y han secado mi cerebro. El dolor, antes de mí desconocido, posee todo mi sér y no deja espacio al pensamiento. La vida de mi madre de que yo vivía, se ha secado, y nada me sonríe en el mundo, desnudo á mis ojos de felicidad y esperanza. Mis labios sólo aciertan á murmurar oraciones, mi corazon á exhalar gemidos, y mi inteligencia á pensar en la eternidad y en la muerte. El mar de lágrimas, que ha inundado mi espíritu lavándolo de las manchas terrenales, excl-

reciendo mis ojos, demasiado fijos antes en lo que pasa y cambia, me ha hecho comprender que el mal es como una sombra vana, y el bien y la virtud como la eterna luz que de nosotros queda aquí en la tierra. Esta convicción cada día más profunda, me hace reanudar la cadena interrumpida de mi vida, para sembrar en el día de trabajo, que me ha tocado en suerte, alguna semilla de bien, y aguardar tranquilo, sentado en las duras piedras de este triste camino, el día en que se acaba la muerte y empieza verdaderamente la vida.

Todas estas ideas, que cruzan de continuo por mi conciencia, no son las más idóneas para sostener una lucha política. Necesito bajar desde mi dolor solitario á esta arena abrasada, en que el tumulto de las pasiones pone olvido á las heridas más profundas del alma. Pero, ya que es necesario defender nuestra causa, defendámosla y sostegamos el combate, no por mí, sino por aquellos que aman y siguen mis doctrinas. El Sr. Campoamor, sectario de una escuela que no cree en las ideas absolutas de verdad y justicia; entregado al criterio de utilidad tan pernicioso al corazón como á la inteligencia; acostumbrado á la metafísica doctrinaria que vuela aquí y allá sin posarse en ningún principio, vana y ligera como el viento; reñido con los progresos de la ciencia y de la política; empeñado en sostener con sus conjuros mágicos un partido que desfallece y muere; llevándolo en sí una lucha eterna, y por lo

mismo contradicciones sin número; adorador del privilegio; al leer *La Fórmula del Progreso*, se ha resentido como un noble de la Edad media, cuando vé amenazados sus blasones, y desde su fortaleza de elector y eligible, algo más frágil que un castillo feudal, me ha lanzado una sonrisa burlona y sarcástica, exclamando en lengua desconocida de la plebe: por ahí se vá trá la perdutta gente.

¡La perdutta gente!!! Gente perdida llamaban los patricios á los plebeyos romanos, y la gente perdida los arrojó del Capitolio, é hizo humana la justicia y universal el derecho. Gente perdida llamaban los Césares á los cristianos, y la gente perdida derrocó los ídolos y puso en el trono del mundo al verdadero Dios. Gente perdida llamaban los señores de la Edad media á los pecheros de las comunidades, y la gente perdida atravesó con sus balas sus escudos señoriales y rompió con el hacha de la libertad la cabeza del bárbaro coloso, del feudalismo. Gente perdida llamaban los reyes absolutos al estado llano, y el estado llano apagó en sus frentes la aureola del derecho divino, y les hizo recibir de rodillas las constituciones donde estaban grabados sus derechos. Cuando las clases privilegiadas insultan á las clases desvalidas, están muy cerca de perder sus privilegios. El doctrinario mueve su látigo en el lecho de su agonía, su látigo, que no alcanza á las espaldas de sus esclavos.

A mí me sucede con la gente perdida todo lo con-

trario que al Sr. Campoamor. Yo no olvido nunca que he nacido en cuna plebeya; yo no olvido que los blasones de mis progenitores son el clavo y las cadenas de la servidumbre; yo no olvido que desciendo del pária, del ilota, del siervo; que mi genealogía está escrita con lágrimas y sangre; que he padecido en mis padres todos los tormentos y todas las penas de la servidumbre; que he trabajado, porque mi espíritu es idéntico y uno con el espíritu de todos los que han padecido y han llorado la injusticia: que he trabajado, decía, sin propiedad, sin familia, sin derecho, sin Dios, sin alma, en levantar mis propios calabozos en los templos y en los palacios de mis tiranos; y que si hoy me hallo rodeado de mi derecho, si puedo usar de esta pluma por la cual corren libremente mis ideas, si soy hombre con mi conciencia y mi personalidad, lo debo á que la gente perdida se ha levantado del polvo herida por la luz del cielo, llamada por la Providencia, y con la sangre de sus venas ha amasado el altar en que arde el fuego de mi libertad y de mi vida.

Este deseo innato á la escuela democrática de mejorar la suerte de las clases desvalidas, dándoles dignidad y condiciones de progreso, es la causa del crecimiento de sus huestes y del continuo estrago que hace en sus contrarias. El Sr. Campoamor vé el progreso creciente de la democracia en la prensa, en los ateneos, en las academias, y no acierta á dar con la razon de este movimiento. A fuer de buen

doctrinario, mira de mal ojo las ideas y las leyes generales, se goza en el hecho transitorio, y no tiene clave alguna para explicar los enigmas nacidos de la incontrastable lógica de la historia. La democracia crece, porque es una idea hija de su tiempo, y en consonancia con el espíritu de su siglo. Desde el momento en que el derecho divino cayó en cenizas á las plantas de los grandes filósofos, y la humanidad transfigurada subió al Sinaí de la revolucion para escribir el derecho humano, la democracia, última consecuencia de todas las ideas filosóficas, cima y término de esta victoria de la razon sobre el tiempo, se dibujó en el espacio con fuerza invencible, como el corolario de la civilizacion. De ahí la causa de su crecimiento y de su progreso. Dios la agita; Dios, de quien desciende la fuente de la vida á los secos labios de la humanidad, siempre sedienta de amor y de bien; y la fuente de la vida, segun se ensancha el círculo del derecho, llega hasta las clases desheredadas y pobres.

Mas así como el Sr. Campoamor vé el progreso de la escuela democrática, yo sólo veo la decadencia, la muerte de la escuela doctrinaria, á que mi contendiente pertenece. Pasó como pasan todas esas sectas, cuya inteligencia se consume en la duda, cuyo corazon se pierde en el descreimiento. Sin ningún principio fijo, perenne, donde poner el pié, la escuela doctrinaria ha sido arrastrada por la corriente del progreso al olvido. Sobre su tumba, pe-

queña y miserable como su cuerpo, el genio de la humanidad escribe una maldición. Esa escuela ha dado á todos los partidos, á los jansenistas, á los jesuitas, á la clase media, á la aristocracia, á la monarquía, sus favores; y Dios le ha condenado á una esterilidad sin esperanza, sin remedio; justo castigo de su prostitucion. El amor fecundo de las inteligencias como el amor de los corazones, ha de ser para una idea fundamental y eterna; porque una idea basta para agotar la vida de un hombre y llenar la vida de un siglo.

No le preguntéis á esa escuela si está por el sensualismo ó por el espiritualismo, porque no lo sabe; ni si es conservadora ó revolucionaria, porque no acierta á conservar sino destruyendo, y á caminar sino en retroceso; ni si ama el derecho divino ó el derecho humano, porque en su seno aun no ha penetrado la santa idea del derecho; ni si cree que el Estado debe apoyarse en el hombre ó el hombre en el Estado, porque no ha comprendido ni la leyes generales de la sociedad, ni la naturaleza del individuo. Escuela nacida para turbar los ánimos más bien que para dirigirlos; destinada, en un instante de marasmo social, á engañar á los mantenedores del absolutismo con una sombra de monarquía, y á los mantenedores de la revolución con una apariencia de libertad, la escuela á que el Sr. Campoamor pertenece, yace desolada sobre un monton de ruinas; consumida por el escepticismo, esa noche del alma.

Y hubo un dia en que cobró cierto brillo; porque la humanidad pasa por épocas sofisticas, cuando se olvida de un principio absoluto y camina á otro principio absoluto. Y en su florecimiento, De Gerando fué su historiador; Madame Stael su sibila; Benjamin Constat su evangelista; Guizot su pontífice; Coussin su intérprete, su sacerdote; Conte su abogado entre los jurisconsultos; Villemaine su oráculo en la Universidad; Casimiro Perrier su tribuno en el pueblo; la clase media su ejército; la bolsa su templo, y Luis Felipe su Dios. Y ese brillo pasajero se reflejó un instante en España, pero pasó pronto. Hoy la antigua doctrina, la doctrina de la soberanía de la inteligencia, mantenida con profundidad por Donoso en el Ateneo, explicada en el lenguaje de los dioses por Galiano en las Asambleas, difundida por los severos libros de Pacheco en las Universidades, ha llegado á tal extremo de postracion y decadencia, que un poeta ingenioso, graciosísimo, pero que juega con las ideas como un niño inocente con las alhajas más preciosas sin conciencia de lo que hace; un poeta la explica, la trasforma, la cubre con mil disfraces, la adultera y reparte á la juventud, si es que hay juventud vieja, es decir, juventud doctrinaria, y hace lo que diz que hacia cierto filósofo; dá á sus oyentes, que le piden el pan del alma, la hostia de su escuela, obleas envenenadas. Querer conocer la escuela doctrinaria por Campoamor, seria lo mismo que intentar conocer á

Sócrates por Diógenes, ó á Hegel por Enrique Heine.

II.

Comienza por acusarme el Sr. Campoamor por el título inmodesto de mi folleto, que se llama *La Fórmula del Progreso*. Esa acusacion sería muy fundada si yo pretendiera haber, por un esfuerzo mio, encontrado la doctrina democrática. Pero esa doctrina no es mia, es la doctrina de mi siglo; no es mi inspiracion, es la inspiracion de la humanidad. Yo no he tratado de imponer mi pensamiento á mi edad, no; he dicho cuál es el pensamiento de mi edad; no he tratado de encontrar una doctrina, sino de difundir y popularizar una doctrina ya encontrada, definida y concreta. La democracia es la fórmula del progreso.

Dice el Sr. Campoamor que no doy en toda la historia un mismo sentido al progreso. ¿Ni cómo es posible? El progreso nace de nuestra naturaleza condicional y contingente. Si el hombre fuera absoluto, no tendría necesidad de progreso. El progreso supone serie. Así como nuestra inteligencia no puede llegar en un instante á la idea de la sociedad no ha llegado en un dia al derecho. ¿Queréis conocer una verdad, primero poseem

fuso de esa verdad, despues una nocion, y por último, una idea incondicional y absoluta. Y este procedimiento psicológico es un procedimiento social, pues son armónicas las leyes del espíritu con las leyes de la naturaleza. El pueblo ha sido pária en el Oriente, esclavo en Grecia y Roma, siervo en la Edad media y es hoy proletario. Desde el pária al proletario hay una serie gradual de encarnaciones.

El esclavo de Grecia es un progreso respecto al pária del Oriente; el esclavo de Roma, con su contubernium y su peculio, es un progreso respecto al esclavo de Grecia; el siervo de la gleba, con su familia y con su trabajo, es un progreso respecto al esclavo de Roma; el proletario, con su igualdad ante la ley civil, es un progreso respecto al siervo de la gleba; y el ciudadano de la democracia, con todos sus derechos, con todas sus libertades, habrá recorrido la última serie del progreso, hoy posible; habrá llegado, despues de tantos dolores y amarguras, á ser verdaderamente hombre. Y por esto dice el señor Campoamor que mis ideas no son incondicionales y absolutas. Sí, ideas incondicionales, ideas que arrancan de nuestra naturaleza, que se fundan en nuestra conciencia, que encarnan en la sociedad al espíritu; pues el derecho es para todos los climas, como la libertad para todos los hombres, como el sufragio para todas las clases sociales. ¡Decir que no son incondicionales nuestras ideas los sectarios del doctrinarismo; los que ponen, como en almoneda,

la facultad de escribir; los que venden por oro el sufragio; los que creen que no hay derechos en los pueblos; los que reparten la libertad segun el clima y la historia de cada creacion; los que arrojan el alma, que es de Dios, el alma, que es del cielo, en el lodo de la tierra que huellan los brutos. Vosotros, los que cotizais la libertad, sereis muy grandes sofistas, pero nunca podreis ser filósofos.

III.

Toda doctrina política ha sido precedida por una doctrina filosófica. La idea trascendental, tocando á raíz de la vida, se ha convertido en grandes instituciones. Al panteísmo indio, que hace del espíritu una gota de agua perdida en el mar, una luciérnaga ofuscada con los resplandores del sol, una hoja seca en la inmensidad de los bosques, un grano de arena en el desierto; correspondia la organizacion de la casta, que sumerge al hombre en el seno de un panteísmo social, más abrumador para el pensamiento que el peso de toda la tierra para el cuerpo. Al monoteísmo hebráico, que levantaba á Dios en la cúspide hermosísima de la creacion, para que sostuviera al mundo con su voluntad y animara al hombre con el calor de su aliento, debia corresponder una monarquía patriarcal, templada y contrastada por la

autoridad de los profetas. En el pueblo griego se ve claramente como á una idea filosófica corresponde una idea social y política. La raza de los Dorios, sagrada, cercana al Oriente, que ha orado en los templos del Dios-naturaleza, que ha oido las revelaciones del espíritu del mundo, que se ha postrado delante de los seres de la creacion y ha sumergido en la creacion su espíritu, crea un gobierno aristocrático, misterioso, cubierto con las sombras de la teocracia asiática. La raza verdaderamente griega, que ha sonreído á la luz de aquel brillante sol, que ha libado la miel de la inspiracion en el Hible, que ha hecho de las sagradas encinas de sus padres lirras para acompañar con sus cánticos los ecos de la naturaleza, que ha tomado por ideal de la hermosura el pensamiento y la organizacion del hombre; raza poética, semejante á una estatua que irradia la alegría de su serena frente, al encontrar en la filosofía una idea de libertad para el espíritu humano, encuentra en la sociedad la corona de la democracia. Un dia, al tiempo que el sol dejaba caer sus primeros rayos sobre Atenas, hermosa nave dorada, cubierta de guirnaldas, volvía entre cánticos al Pireo de regreso de una ceremonia religiosa, en medio de la naturaleza, como un buen hijo en el regazo de una madre, gozándose en oír el rumor de las olas del Egeo mezclado con el suspiro de las perfumadas auras que bajaban del Himeto, Sócrates, el genio más grande y poderoso de los antiguos tiempos, condenado á muerte

por haber querido levantar la conciencia sobre la sociedad, el espíritu sobre la letra muerta de la ley; con mano segura tomaba la copa del veneno, la llevaba á sus labios, la bebía hasta apurar su última gota, é inspirado en la hora de la muerte como el ruisenior se inspira en las sombras de la noche, reflejándose en su rostro moribundo su idea, convirtiéndose sus ojos al cielo, hablaba del alma, de la conciencia, de Dios, del eterno amor y de la infinita esperanza; y así, entre una nube de hermosas ideas espiraba, y su voz se perdía como el último eco de una lira, y su vida se apagaba como el último destello de una lámpara sobre el altar; y sin embargo, su alma, desceñida del cuerpo, flotaba sobre el mundo, renaciendo en nuevos genios para anunciar la causa de la libertad y de la justicia. Y desde este instante, el socialismo antiguo, que anulaba la conciencia del hombre, muere, y la escuela socrática, rica en sectas, llega, por medio de sus últimas derivaciones de estoicismo, á dominar en el derecho romano, y presentir la idea de la humanidad. Y cuando estas ideas se extienden por el mundo, el fuego del cielo las vivifica con el cristianismo. Y la sociedad comienza una nueva fase, y cada siglo tiene su idea apropiada á sus necesidades políticas. Cuando es necesario unir las conciencias, la teocracia lo consigue predicando la supremacía política del pontificado, que como un peñasco por las olas combatido, es el único refugio de la humanidad en su deso-

lacion y su amargura. Por eso sus filósofos se llaman Hugo de Florencia, Pedro Lombardo; pero cuando es preciso que el poder se vaya secularizando, que el hombre se deshaga de la tutela política bajo que ha crecido, que el derecho sea más práctico y que las nacionalidades y las monarquías se dibujen al pié del sombrío feudalismo, brotan genios como Santo Tomas, San Buenaventura, Dante y Okam, que representan la nueva fase del espíritu. Así como la supremacía política del pontificado es la consecuencia de todo el pensamiento filosófico de la humanidad, desde el sexto siglo hasta el décimo tercio, la supremacía de la monarquía es la consecuencia de todo pensamiento filosófico desde el siglo decimotercio al decimosexto; pensamiento metafísico en Santo Tomas, heróico y batallador en Dante y Okam, platónico y democrático en Marsilio de Padua, sofista y pérfido en Maquiavelo, que es el pedagogo de los reyes absolutos.

Ahora bien; cada edad tiene su filosofía propia, y esta filosofía se convierte en una idea social. Veamos de los elementos elaborados por los tres últimos siglos, qué doctrina política se deduce. Prescindiremos de la religion, de que hablaremos más adelante, ya que el Sr. Campoamor le ha consagrado un párrafo especial de su artículo. Pero siempre observaremos que la religion cristiana predica la libertad del hombre, su responsabilidad infinita, y la igualdad del género humano ante Dios. Mas no es

para este momento tal cuestion; volvamos los ojos á la filosofía.

El primer grito de la filosofía moderna, fué un grito de alarma contra la tradicion, de guerra á la aristocracia de la escuela. La segunda idea de la filosofía moderna, el segundo instante de su desarrollo progresivo, fué una concentracion del pensamiento en sí mismo, una reconcentraci6n del hombre en su conciencia. La conciencia humana, pensando en sí, llegó á absorber la naturaleza, como la flor que al cerrarse, ahoga el gusano que la devora. Pero de esta concentracion del espíritu, nació bien pronto una nueva fase, que lo dilatava por un lado en el seno de la creacion, por otro en el seno de Dios. El espíritu humano bajó á las profundidades de la tierra, sorprendió la evolucion de la primer materia, subió á los cielos, y oyó la concertada armonía de los astros, y se declaró el centro del universo material, el sol de los seres creados. Mas no olvidó á Dios; y subiendo en alas de su idea más allá del mundo creado, contempló al Creador, y en la contemplacion de la personalidad divina aprendió á mirar su propia personalidad. Despues de este ósculo de paz con la naturaleza y su Dios, conocida la idea de personalidad, debia levantarse al conocimiento de las leyes de esa personalidad, cuya existencia habia sentido en sí, como dependencia de Dios, es verdad, pero superior al mundo y más grande que la naturaleza. Entonces entró en el pe-

riodo armónico la filosofía, estudió todas las ideas, comprendió lo que en sus ideas habia de mundo y lo que habia de hombre, y dió las leyes de la personalidad. Desde el primer momento en que el hombre tiene esta arma, camina á destruir todo lo que se opone á la libre expansion de su espíritu; conoce que debe pronunciar la primer palabra de la nueva política, y exclama: «Mi derecho.» En este punto la vieja sociedad con su inquisicion, con sus verdugos, sus bienes amortizados, su despotismo sobre la voluntad y la conciencia, su tasa, su aislamiento, sus ejércitos de siervos, se desploma á impulso de su propio peso; y nace la nueva idea, que alumbra las ruinas, y levanta una sociedad más grande; la idea democrática, idea de libertad, y de igualdad, y de justicia.

IV.

Aquí concluyo por hoy mi contestacion al señor Campoamor. ¿Con qué derecho la escuela doctrinaria pretende arrancar la fórmula del progreso á la escuela democrática, hija de todo el pensamiento moderno? Despues de haber sembrado la duda en las inteligencias, despues de haber corrompido los corazones, despues de haber beneficiado en su provecho la revolucion, despues de haber destruido la

sociedad antigua y haberla arrojado encima todo el polvo de sus propias ruinas; la escuela doctrinaria, cuando vé que la libertad camina contra sus dogmas, que el derecho ha rasgado sus velos y ha herido la conciencia del pueblo, que la hora de sus festines acaba; más impía que ninguna otra escuela, trata de burlarse de su propia obra, conjura el progreso con fórmulas neo-católicas, y busca en el panteón de la sociedad antigua, para profanar hasta los cadáveres, un sepulcro que no merece, porque ni aun en sus errores ha sabido ser grande.

Artículo 2.º

He dicho en mi folleto, que la idea absolutista ha muerto, y la idea doctrinaria ha decaído, y la idea democrática es hoy, en esta desolación universal, la única fórmula del progreso. He examinado los partidos como cuerpos que encarnan las diversas ideas, y hecho su autopsia, y he pronunciado su oración fúnebre con la inteligencia puesta en la verdad y el corazón en la justicia. He visto pasar ante mis ojos el partido moderado con la copa de sus festines vacía en la mano; con la pesada capa de

plomo de su historia sobre los hombros; con las sierpes de sus remordimientos en la frente; con la llaga cancerosa de su inmoralidad en el pecho, quebrantado y consumido por la continua gigantesca lucha que ha sostenido para detener la corriente del progreso, para viejar la libertad, para corromper la idea revolucionaria. Al ver pasar ante sus ojos esa imagen, hombres como el Sr. Campoamor, que á un compromiso de conducta, han sacrificado afectos de su corazón, gritan: «Esa pintura es una calumnia.» Ese grito es respetable, porque es el grito de la conciencia, que jamás calla, como la eterna voz de Dios en nuestra vida. Ese grito es el reconocimiento de la verdad de mis juicios, de la razón que asiste á mis ideas; porque es el ruido que producen mis labios para acallar el ruido más hondo que producen los remordimientos.

El Sr. Campoamor, al defender á su partido, no razona, declama; no contesta, insulta. Yo no volveré declamacion por declamacion, insulto por insulto. El que padece una enfermedad en la inteligencia, es tan digno de lástima como el que padece una enfermedad en el cuerpo, y le debemos el auxilio de nuestros socorros y de nuestros remedios. Para juzgar á los partidos es necesario juzgar el ideal á que caminan, la doctrina que enseñan, la conducta que observan, la historia que dejan como huella de su espíritu en el tiempo y en el espacio. ¿Qué ideal se propuso realizar el partido moderado? La monar-